

1er Premio 1989

56

OPTA AL CONCURSO DE CUENTOS.

SUEÑO COMPARTIDO.

Hacia rato que se había sentado en la terraza del bar de la estación. Había llegado aquella misma mañana a Valencia en el barco que a las ocho hendía, puntual, las aguas del puerto. Desde que había dejado atrás los cuarenta, cada vez le asustaba más viajar en avión. El barco y el tren eran, ahora, sus medios de transporte preferidos. ¿Miedo? ¿Cosas de la edad? Lo cierto era que con el tiempo te ibas haciendo cada vez más consciente del paso inexorable de los años, de cómo se iban diluyendo las ilusiones de los veinte, cuando él y buena parte de su utópica generación creía que iban a cambiar el mundo a fuerza de manifestaciones y reuniones clandestinas. La nueva época democrática había terminado definitivamente con los últimos latidos del mayo del 68 y ahora el personal únicamente se preocupaba de sus asuntos privados, del aumento de sueldo, hacerse el chalet o cambiar de coche. Era el caso de la mayoría de sus ex-compañeros de clandestinidad. El mismo era un ejemplo perfecto de todo este nuevo reciclaje producido por ese cúmulo de circunstancias adversas. ¿En qué consistía ahora su vida? Pues no iba más allá de su trabajo en el periódico, sus libros, los viajes para asistir a estos aburridos congresos organizados por la Asociación de Escritores... Cultura vegetativa, endogámica. Siempre los mismos y conocidos autores promocionados por los gacetilleros a sueldo del Poder y las Instituciones. Siempre los mismos discursos para la misma gente. Esas ponencias que nadie escuchaba sobre el impacto de la informática en el proceso creativo del escritor, el millonésimo análisis sobre la novela policíaca en el Estado Español, el informe sobre la necesidad urgente de acabar en las letras con tanto premio y premiecillo literario que lo único que hacen es crear confusión y permitir la salida a la luz pública de alguien no controlado, no domesticado por los comisarios culturales de rigor... Él asistía a todas esas reuniones y saraos sin mucha ilusión, más que nada para dejar por unos días la rutina de la vida cotidiana, para dejar de ver los acostumbrados rostros impasibles que le rodeaban por doquier. Lo

esencial, lo único que le decidía al viaje era poder dejar de ver ese odioso ambiente ciudadano con todo su podrido mundo de nuevos ricos, políticos oportunistas, capillitas culturales a sueldo del mejor postor. La nada total.

Y fue en este preciso momento de sus reflexiones cuando la vio entrar, rutilante, por la gran puerta vidriada de la estación.

Si alguna cosa le mantenía en tensión, si algo le quedaba de su alocada juventud, era precisamente su curiosidad, su interés cada vez más acentuado hacia toda mujer de buen ver. Era por eso y por nada más por lo que sus habituales y rituales preocupaciones por el paso inexorable del tiempo no le habían impedido, sino todo lo contrario, ir observando todas las mujeres que iban entrando y saliendo de la estación. Su privilegiado observatorio, aquella mesa medio escondida del bar era inmejorable para ir analizando, con ojo de especialista, a todas las jovencitas que iban en dirección a sus quehaceres habituales o hacia los lechos de sus amigos y amantes. Realmente quedó impresionado de una manera total, absoluta, por la belleza agresiva, casi salvaje de aquella mujer. Alta, mediría casi un metro setenta, con una cara dulce pero al mismo tiempo firme y una piel brillante que se adivinaba fina al tacto, propensa a las caricias. ¡Aquellos labios gruesos, exuberantes, hechos expresamente para ser besados, mordidos, pintados de un marrón oscuro sinuoso! ¡Cuánto tiempo hacía que no había visto un cuerpo tan sugerente como aquél! Quizá alguna nórdica, en el barco, pero le faltaba esta vitalidad mediterránea producida por el cruce de tantas sangres y tantas civilizaciones.

La continué siguiendo con la mirada mientras ella se dirigía, segura, a la ventanilla de venta de billetes. Sus pechos, anchos, generosos, estaban lejos de cualquier posible comparación. Era una mujer hecha expresamente para cometer cualquier locura, para perderse en su compañía por cualquier vericuetos perdido, para romper con todo -familia, amigos, trabajo-; iba pensando, mientras algo inexplicable y misterioso le iba surgiendo, incontenible, del corazón electrizando venas y nervios.

Hacía solo unos segundos que se había instalado en el interior del vagón. Se disponía a dar los últimos retoques a la ponencia que tenía que leer por la noche cuando ella, la mujer que le había impresionado en el vestíbulo de la estación, sonriéndole, se sentó frente a él. Casi se le corta la respiración. La oleada de perfume, el olor concreto a mujer que exhalaba, sugerente, aquel cuerpo, le hizo perder totalmente la cabeza. Inmediatamente quedó olvidado el Congreso de Escritores, la ponencia sobre la influencia de la informática y todo lo que tenía que exponer ante sus compañeros de profesión... ¡si es que

podía llamarse profesión a intentar malvivir de la pluma y la imaginación! Lo único que le importaba en aquellos instantes es que ella se había instalado frente a él. Ahora tendría tiempo de sobra para contemplarla mejor, para mirarla palmo a palmo procurando no llamar la atención. La línea perfecta de sus piernas enfundadas en unas excitantes medias negras la hacía aún mucho más deseable. Parecía no desagradarle ser estudiada con atención. Un vestido ajustadísimo marcaba todas y cada una de las curvas de su perfecta anatomía y daba la sensación de que, con un movimiento inesperado, la carne podía salir de su prisión de seda para mostrarse, palpitante, en todo su esplendor. Instintivamente, con un gesto casi profesional de voyeur, cerró la carpeta con la ponencia y se hizo el despistado, simulando que contemplaba el paisaje. El tren se había puesto en marcha y por las ventanillas podía verse el horroroso resultado de décadas de salvaje especulación urbanística. Enormes fábricas que contaminaban los ríos y la atmósfera, inmensos e inhóspitos bloques de apartamentos con millares y millares de seres humanos prisioneros en sus celdas... Se daba perfecta cuenta de que aquella mujer no era una cualquiera. La exquisita calidad de la ropa que llevaba, todos y cada uno de sus gestos, la misma manera de sentarse, de encender el cigarrillo, de aspirar el humo, lo demostraban a las claras. ¡Aquella forma directísima de lanzarle las volutas a la cara de la manera más insinuante posible! Fue en aquel preciso momento cuando intuyó que aquél sería un viaje muy especial, alejado de la rutina de siempre. Al fin y al cabo, él era un hombre de buen ver. Pese a sus cuarenta años y pico, a sus incipientes cabellos blancos, había procurado siempre cuidarse lo más posible. Tennis, natación en piscina climatizada, excursionismo de montaña una vez a la semana... A todo esto debíamos añadir una dieta muy estudiada y equilibrada para mantener una figura atlética, presentable, una figura lo más alejada posible de la imagen de un cuerpo en decadencia. Él no era de esos que se abandonan cuando han conseguido una cierta posición social. Y, por lo que intuía, la mujer se había dado perfecta cuenta de todo ello. Era evidente que a ella le gustaban los hombres bien conservados, con una cierta edad, experimentados, que supiesen ir al grano en el momento oportuno. El espejo de su rostro no ofrecía escondites y su mirada lo expresaba sin ningún tipo de falsa vergüenza. Una mujer decidida, en efecto, sin medias tintas, lejos de falsos subterfugios, una mujer de los tiempos en que vivimos. ¿Qué podría suceder en este viaje que comenzaba? Este era el misterio, el desafío.

(Ella se había fijado en él desde el mismo instante en que entró en el vestíbulo de la estación. Le seducían los hombres recios, bien plantados.

Y aquella mañana, pese a la enorme cantidad de gente que había en los andenes, era perfectamente distinguible entre tanto campesino de manos callosas, entre tanto funcionario de pueblo, jóvenes sin trabajo, macarras, gitanos, policías de paisano, turistas despistados a la busca de un camping, una pensión barata... Por el traje negro, su corte, por los libros, la carpeta italiana, las gafas redondas, doradas, el pañuelo al cuello sustituyendo la corbata... Era un tipo inconfundible y lo caló enseguida. ¿Abogado? ¿Periodista? Era muy pronto para saberlo. Todo se andaría. ¿Escritor? Quizá. Su rostro no le era totalmente desconocido y, como un trallazo, recordó vagamente un programa cultural televisivo dedicado a las últimas novedades editoriales. Sí; en efecto, podía ser el escritor de aquel programa. Pero no lo podría asegurar con certeza absoluta pues, mientras se hablaba de libros por la tele, ella estaba en la cama, haciendo el amor con uno de sus amigos ocasionales. Fue en aquel instante, pasando delante del bar de la estación, yendo a la ventanilla de venta de billetes, cuando notó en la columna vertebral el efecto de su mirada incisiva, una mirada que la desnudaba irremisiblemente de pies a cabeza. Con placer nada oculto fue disminuyendo progresivamente su andar para que él la pudiese mirar con más detenimiento, con más atención, para que pudiese saborear mejor su cuerpo con la mirada. Un hombre como él, tan bien plantado, con aquellas manos finas y sensuales, aptas para acariciar o ser acariciadas, se lo merecía. Como una invisible descarga eléctrica, notó, sintió, en una fracción de segundo, que le había impresionado completamente. ¡Perfecto! Siempre le sucedía igual. Los intelectuales, los hombres como aquél que han pasado muchos años encerrados en despachos, ante una máquina de escribir intentando cambiar el mundo, pensando que tienen algo nuevo que decir a esta humanidad indiferente, cuando llegan a los cuarenta abren los ojos espantados y de repente se dan cuenta de todas las cosas buenas de la vida que han desaprovechado. La sangre les estalla en las venas cuando ven una mujer como ella. Era consciente -y tenía cierta experiencia en ello- del efecto que producía en este tipo de hombres. No era la primera vez que le sucedía y seguramente no sería tampoco la última.

Fue una suerte que ambos fuesen para Alicante. Cuando lo halló de nuevo en el interior del vagón, sin pensarlo, se instaló provocativamente frente a él, demostrando con su gesto que, de entre todos los asientos vacíos, había escogido precisamente aquél y no otro adrede. Al fin y al cabo, ella tenía el perfecto derecho de sentarse donde le diera la gana y si él se avergonzaba era su problema. No le importaba nada en absoluto lo que él pudiese pensar de su atrevimiento. Desde que se había separado tenía por norma el ir directamente a lo que le interesaba. Habían sido demasiados años atados a un solo hombre, sin alicientes vitales, como para no hacer, ahora que estaba libre de ataduras,

lo que el cuerpo y el espíritu le pedían.

El intentaba disimular queriendo hacer creer que estaba ensimismado contemplando el paisaje. Pero de reojo, con las pupilas temblando por el deseo, la seguía desnudando con la mirada. ¡Mejor así! Le haría sufrir aún más. Lentamente, insinuante, se fue quitando el abrigo a fin de que el hombre pudiese contemplar totalmente su cuerpo. Notó perfectamente el relámpago que lo agitó cuando una oleada de su perfume le golpeó el rostro. Pese a sus cuarenta años bien cumplidos, una presencia femenina era algo que no podía mirar indiferente sin inmutarse. A ella le pasaba lo mismo con los hombres. Decidió continuar el juego, marearlo aún más con sus insinuaciones y, cruzando las piernas, sin rubor, le dejó entrever unas sugerentes medias negras, invisibles hasta el momento en que se despojó del abrigo. Se sonrió para consigo misma imaginando qué pensaría si supiese que iba desnuda, que bajo el vestido, salvo las medias, no llevaba puesto absolutamente nada. Imaginando cuál sería su reacción se sintió en el acto tremendamente excitada: Encendió un cigarrillo aspirando con nerviosidad apenas disimulada el humo letal. ¿Quién iba a ser el primero en iniciar la conversación? Le miró directamente a los ojos.)

Una mujer misteriosa. ¿Dónde iría a estas horas en uno de los primeros trenes que parten para Alicante? ¿Funcionaria, estudiante? No. No tenía ni la edad ni el aspecto. Había pasado ya los treinta y no cuadraba con la imagen de secretaria de cualquier despacho institucional ni de señorita cara, de compañía. Había en su forma de mirar, en su silueta, hasta en su peinado, algo que la acercaba a su generación, a aquella juventud de hace diez años periclitada en los vericuetos de la transición. Quizá en otro momento le hubiese gustado tener más datos acerca de ella, saber su nombre, su exacta ocupación, pero en estos instantes algo oculto le decía que todo eso eran estupideces sin importancia. Ahora lo único que importaba, lo único que le hacía latir las venas, era saber que ella se había desabrochado un botón de la blusa y sus pechos, firmes, grandes, turgentes, se habían hecho más reales. Ella sabe que la estoy mirando y me está provocando. ¿Qué busca, qué pretende exactamente? ¿Por qué se ha sentado justo enfrente de mí si la mayoría de los asientos del vagón están desocupados? Se está excitando únicamente con mi mirada. Le gusta que la miren, que la desnuden con la vista. Esa manera que tiene de mover provocativamente el cuerpo, las piernas. Esa manera especial de insinuarse, le excita y me excita. Se ríe interiormente sólo de pensar lo que están imaginando. Es evidente, por su forma desenvuelta de comportarse, que está acostumbrada a hacer el amor muy a menudo, con cualquiera que le guste, sin importarle ni la hora, ni el momento, ni el sitio. ¿Separada? Es

posible. Todos los que hemos estado un largo período atados a las obligaciones familiares, al lento y continuado desgaste que significa la vida en común, sabemos el significado exacto, concreto, irrepetible del deseo que todo lo invade.

De acuerdo: si es lo que desea, le diré algo, iniciaré la conversación, le hablaré de cualquier banalidad, la miraré directamente a los ojos. Sus labios, entreabiertos, perfectamente dibujados, jugosos, invitan al beso, a la posesión. Tiene la lengua de color de una cereza pálida.

(Sentía cómo el deseo le subía por la columna vertebral, imparable. Comenzó a sentir miedo. Primero un miedo difuso, luego más profundo, aumentando de intensidad. Pese a todos sus esfuerzos intelectuales por pensar como un hombre en estas situaciones, de tener su misma decisión, siempre, invariablemente, al llegar el momento de la verdad, le sucedía esto. Se sentía cohibida en el instante justo de dar el paso definitivo. Si el hombre no la abordaba, si no era él quien tomaba la iniciativa, a ella no le salía el decirle claramente, sin tapujos: "Mira, me gustas. ¿Por qué no nos dejamos de tonterías y concretamos una cita, un sitio para amarnos?". No era capaz. Las palabras justas no brotaban de su garganta. En el mismísimo instante ~~en~~ que tenía que dar el paso decisivo, ese miedo antiguo heredado de mil historias familiares, absorbido de siglos y siglos de oraciones y conventos de monjas, le apretaban el cuello, le paralizaban el cerebro, todas sus reacciones, y tenía que dejar la iniciativa en manos de hombre. ¡Y los hombres eran tan imprevisibles! Jamás podías adivinar cuál sería su reacción. Jamás podías saber si realmente estaban en disposición de continuar la aventura o ya estaban interiormente destrozados, hechos polvo, en situación terminal. La mayoría de ellos, al menos los que había conocido, sólo tenían lengua. Lo único que sabían hacer era hablar y hablar de sus imaginarias conquistas, presumiendo siempre de saber hacer el amor y luego, en segundos acababan dejándola insatisfecha, frente al desolador panorama de un imbécil que roncaba durante toda la noche. ¡Qué pandilla de inútiles egófstas! Otros, elegantes, de buen ver, con pose de intelectuales, como este mismo que tengo delante, prometen mucho pero cuando llega el momento de la verdad son presa de extraños fantasmas, les caen encima ocultos traumas. Se desmoronan en un segundo.

Pero no puede desanimarse. De nuevo hace resbalar su lengua húmeda, jugosa, sobre sus labios para provocarle más y más.

Si al menos se decidiese a hablar, a iniciar la conversación, podría saber de qué pasta está hecho, hasta dónde llegan sus posibilidades, hasta dónde su vida profesional, familiar, le han tocado a fondo e aún mantiene, en algún

sitio escondido, la curiosidad, el interés por el misterio, la aventura.)

Mientras nota cómo aumentan progresivamente los latidos de su corazón viendo cómo ella, otra vez, entreabe insinuante los labios, piensa que puede estar perdiendo, por su indecisión, una oportunidad única, irrepetible. Lo más seguro es que ahora ella esté exigiéndole menos abstractas estructuras mentales y mucha más acción. Siempre le sucedía lo mismo. Lo tenía perfectamente comprobado. Lo perdía este maldito tic profesional de querer hacer literatura, de querer vivir literariamente cualquier cosa que le sucediese. Era una deformación que le impulsaba a plasmar continuamente sobre el papel cualquier cosa que le afectara. Y esa era la situación presente. Se halla ante una historia que, justo en este instante, mientras mira a la mujer que tiene delante, no sabe si está sucediendo en la realidad o es otro producto de su imaginación de escritor. Lo real era que el tren se iba acercando irremediablemente a su destino. Habían ido pasando las horas, las estaciones y él no acababa de salir de aquel instante extraño que lo mantenía entre el sueño y la realidad. Quizá tuviese miedo de abandonar la ilusión y comprobar, una vez despierto, que la mujer se había evaporado, se había ido fundiendo entre aquella débil niebla matutina. Pero ¿qué le estaba sucediendo? La mujer estaba allí, enfrente de él, con las piernas cruzadas, con las insinuantes medias negras al alcance de la mano, como si esperasen las caricias, con sus pechos erectos que se adivinaban bajo la blusa, sin sostenes, con aquella mirada incitante que le hablaba directamente a los ojos de secretas humedades esperando desde el fondo de carne ansiosa y anhelante. Cerró por unos segundos las puertas a la percepción exterior. Indudablemente aquello no podía ser un sueño, un producto de su imaginación. Ella estaba allí, era indudable, ansiosa, pidiendo con su presencia una salida a la situación creada durante el viaje.

(Finalmente ella no sabría explicar cómo sucedió, cómo se encontraron en el pasillo y se sonrieron, decididos. Los compartimentos de aquel vagón, por una extraña casualidad del destino, estaban vacíos. Solamente tuvieron que cerrar la puerta, correr las cortinas. Luego todo transcurrió tal como él y ella habían imaginado. La mujer no se resistió cuando la fue desnudando, besándola suavemente, recorriéndole la piel con los labios. Hacía tiempo que ella esperaba anhelante sentir sus manos sobre su pecho, su lengua junto a la suya. Y ahora, él, lejos de cualquier historia libresco para lejano concurso de narraciones, le deshacía la blusa, le acariciaba los pechos e iba notando cómo se iban endureciendo los pezones a medida que la penetraba,



primero muy suavemente, muy lentamente, luego con la exaltación producida por esta aventura inesperada. Llegaba, como un poderoso ciclón, un mundo real de saliva y besos. Desaparecieron por una eternidad el uno en las profundidades del otro, desesperadamente, sabiendo que éste era el último instante antes del grito, antes del placer definitivo soñado durante el viaje, durante todos los viajes.)

Los dos despertaron al unísono, impelidos por un perfecto mecanismo interno de relojería. Se habían dormido al principio del viaje y se reencontraban cuando el tren empezaba a entrar en la estación de Alicante. Ella le miraba sonriente y él se había olvidado ya de las historias que le impidieron hablarle en el momento en que todo hubiese sido posible. Se miraron sin ningún mal recuerdo, sin rubor, seguros, en la certeza de haber soñado lo mismo, ciertos de haberse conocido plenamente.

Ahora él recoge la carpeta que había dejado sobre el asiento con la ponencia que ha de leer esta noche. Ella se pone silenciosamente el abrigo y, sin volver a mirarse, descienden por la misma puerta del vagón partiendo en direcciones divergentes, sin despedirse, sin decirse adiós, intuyendo que han vivido juntos el mismo sueño.